

José Ángel Valente y sus noventa y nueve poemas

Escribe Dionisio CAÑAS

(Nueva York)

BAJO este título, «Noventa y nueve poemas» (Madrid: Alianza, 1981) ha aparecido recientemente una muestra poética de Valente, preparada por José Miguel Ullán. El antólogo, en su «addenda» a dicha antología, escribe que su libro no es una antología, sino la suma de «aquellos fragmentos de una obra poética con los que he convivido más íntimamente». Y su prólogo no lo considera, añade, «sino unas notas que reescriben la imposibilidad de escribir sobre lo indómito». Con ello disipa mi intención de reseñar prólogo y antología, y me limito más bien a una formulación somera de mis propias impresiones sobre los poemas reunidos en esta antología.

Poeta de la expectación, Valente funda en la espera originaria, bíblica, una esperanza cuyo advenimiento será la de un hombre más consciente, más libre. Así se desplaza a las instancias de la otredad para desde allí hablar por los otros, y esto ya en «A modo de esperanza», su primer libro. Sin perder nunca de vista su integración en un proyecto general, la historia, recurre a lo que él representa como fijación personal, su historia, para ilustrar aquella esperanza: «Entre / el deseo y su objeto había un tiempo / reducible a la esperanza», escribe en «Poemas a Lázaro». Es, pues, la incertidumbre que toda espera comporta, aquello a lo que la poesía de Valente nos vincula. Una vez situados en las estancias de esa duda, tiene lugar el suceso poético, gracias al encuentro o desencuentro con la realidad. «La memoria y los signos» es quizá una de sus colecciones más significativas al respecto: allí se transmite la tensión del poeta entre la palabra comunitaria y servicial frente a las voces oscuras de lo raigal y escondido del ser, en correlación justa con las voliciones ética y metafísica que discurren por esta poesía. Y esa tensión se resolverá en una única fidelidad: su fe fundamental en la palabra.

El amor es tenido en cuenta, en este mundo poético, como una posibilidad para la aparición del yo o, si se ausenta, para su obliteración: de aquí que a veces asome este sentimiento con angustiado miedo, ya que su potencial ausencia abrirá en el espíritu un espacio para el vértigo. De no menor interés en su personal tratamiento poético de abstracciones morales: los pecados capitales, en «Siete representaciones». Y, sobre todo, el odio —que es aquí considerado como fecundo, pues en él puede concretarse el ser—, tema reiterativo a lo largo de esta obra.

Valente partió de un rechazo de lo social mecanizado o formalizado en «tendencia», y de la consecuente defensa y práctica del acto poético como ejercicio de conocimiento («porque todo poema es un conocimiento haciéndose»). Últimamente ha insistido en la idea de la poesía más como «modo de visión» que como género, y que, por tanto, puede producirse o descubrirse en cualquier tipo de escritura. De aquí su creciente cultivo del texto poético breve en prosa, aún lindante en algunos casos («El fin de la edad de plata») con el relato. Le ha distinguido siempre una dicción tersa, acendrada, antirretórica; cada vez más enriquecida con múltiples y ocultos niveles de significación, actitud que nace de su inclinación a explorar también el lado invisible de la realidad, la flor cerrada de lo obtuso. Y esta inclinación complementa, redondeando el perfil íntegro de su personalidad poética, aquella otra vertiente —crítica, irónica y aun satírica— que, de igual modo, le caracteriza. Y acaso más que a ningún otro poeta español de su tiempo a Valente se le descubre levantando con firmeza su morada en la palabra.

Pueden, pues, estos «Noventa y nueve poemas» reunidos por José Miguel Ullán, ser una guía para iniciarse en la lectura de toda la obra del poeta español, cuyo puesto destacadísimo le ha sido reconocido hace tiempo dentro de lo que se ha dado en llamar la promoción de los cincuenta en España.

Vivemos Literario, PUEBLO (Madrid), 27 de enero de 1982